Del sargazo a la economía azul: una oportunidad para el Gran Caribe

Por: Por Avriel Rose Diaz*/Latinoamérica21

En los últimos años, las extensas floraciones de sargazo se han convertido en una fuerza cada vez más disruptiva en el Gran Caribe. Antaño símbolo de la biodiversidad marina en alta mar, esta macroalga ahora cubre playas desde Barbados hasta México, amenazando el turismo, los medios de vida, los ecosistemas y, fundamentalmente, la salud pública.

A medida que el cambio climático calienta los océanos y modifica los flujos de nutrientes de ríos como el Amazonas, el sargazo prospera. Pero cuando llega a la costa y comienza a descomponerse, emite gases tóxicos, sobre todo sulfuro de hidrógeno y amoníaco, lo que supone riesgos crecientes para la salud humana, además del enorme impacto que implica para el turismo en la región.

En los últimos años, las comunidades de toda la región reportan picos de enfermedades respiratorias, especialmente entre grupos vulnerables como ancianos, niños y personas con asma o enfermedad pulmonar obstructiva crónica (EPOC). En Martinica y Guadalupe, estudios han vinculado la exposición crónica a las emisiones de sargazo con dolores de cabeza, náuseas, irritación ocular e incluso complicaciones del embarazo como preeclampsia e hipertensión gestacional. La carga recae desproporcionadamente sobre las comunidades costeras, que a menudo carecen de acceso a servicios de salud adecuados y dependen del mar para obtener ingresos.

A pesar de la magnitud y la gravedad del problema, los impactos del sargazo en la salud siguen siendo un tema desatendido en la agenda global sobre clima y salud. La mayoría de los debates se centran en el estrés térmico, las enfermedades transmitidas por vectores o la inseguridad alimentaria; sin embargo, las implicaciones toxicológicas y ambientales del sargazo están, en gran medida, poco investigadas.

La historia del sargazo, sin embargo, no se trata sólo de un peligro emergente, sino también de una oportunidad. En lugar de esperar a que el sargazo se pudra en las costas y contamine el aire, varios estados del Caribe están explorando técnicas sostenibles de recolección y procesamiento previo. Cuando se cosecha antes de su descomposición, el sargazo puede transformarse en productos de alto valor: bioplásticos, fertilizantes, alimento para animales, cosméticos e incluso biocombustibles.

Empresas de República Dominicana, México y Barbados ya están implementando estas innovaciones de forma piloto. La cosecha temprana también ayuda a preservar los compuestos bioactivos de las algas, que muestran potencial para su uso en productos farmacéuticos naturales e ingredientes funcionales, abriendo nuevas puertas para la innovación en salud y el descubrimiento de fármacos.

Este enfoque se alinea plenamente con la visión de una economía azul justa: aquella que aprovecha los recursos marinos sin comprometer los ecosistemas ni las comunidades que dependen de ellos. Si se aborda con cuidado, la recolección de sargazo podría impulsar el empleo costero, apoyar el emprendimiento local e introducir nuevas industrias en biotecnología y manufactura ecológica.

Tenemos la oportunidad de fomentar la alfabetización ambiental y la resiliencia climática en toda la región. Los programas escolares, los centros de capacitación y las campañas de educación pública pueden utilizar el problema del sargazo para enseñar sobre la biodiversidad marina, los impactos del calentamiento de los mares y la urgente necesidad de cooperación regional.

Igualmente importante, puede ayudar a las personas a comenzar a establecer conexiones más profundas entre el clima y la salud humana, una relación que a menudo se pasa por alto. Cuando las personas ven cómo el aumento de las temperaturas oceánicas y la perturbación ecológica pueden traducirse en enfermedades respiratorias, complicaciones en el embarazo y angustia mental, el cambio climático se convierte en un problema personal y tangible. Al fomentar esta conciencia, el Caribe puede ayudar a liderar un cambio hacia soluciones políticas climáticas y sanitarias más integradas.

La Asociación de Estados del Caribe (AEC) desempeña un papel fundamental en el avance de la cooperación regional en la gestión del sargazo a través de su programa SARGCOOP II, que promueve el monitoreo compartido y las estrategias de reutilización sostenible. Si bien la integración de la salud ha estado en gran medida ausente de estos esfuerzos, la AEC ha comenzado a abordar esta deficiencia apoyando las conversaciones sobre la implementación de una Red de Monitoreo de la Calidad del Aire del Caribe para abordar los impactos asociados en la salud. Las recientes reuniones de coordinación en Guadalupe podrían servir de plataforma para ampliar este enfoque multisectorial e incluir a los ministerios de salud y a expertos en salud pública. En un discurso virtual, la Secretaria General de la AEC, Noemí Espinoza Madrid, enfatizó en la urgente necesidad de cooperación regional en materia de sargazo y reafirmó el compromiso de la organización con la colaboración transfronteriza.

Abordar la crisis del sargazo requiere un enfoque transdisciplinario que reúna a oceanógrafos, climatólogos, expertos en salud pública, economistas, médicos, actores del sector turístico, líderes comunitarios, legisladores e innovadores para desarrollar conjuntamente soluciones integrales que protejan los ecosistemas, reduzcan los riesgos para la salud, sustenten las economías locales y preserven la vital industria turística del Caribe. El Gran Caribe se encuentra en una posición privilegiada para liderar en este frente. Ha enfrentado lo peor de la crisis del sargazo y ahora cuenta con las herramientas para revertir la situación, si priorizamos la salud, la equidad y la sostenibilidad ecológica.

Imaginemos un futuro donde las mismas algas que una vez ahogaron nuestras costas se conviertan en un símbolo de innovación y renovación. Para lograrlo, debemos actuar juntos, guiados por la ciencia transdisciplinaria, la solidaridad y un profundo compromiso con el bienestar de nuestra gente y los océanos.

**Avriel Díaz es Director Ejecutivo del Consejo Global para la Ciencia y el Medio Ambiente*